

Por un galicismo

CHASCARRILLO

Aurora Gómez de Celier, condesa del Cascajal, era, desde que nació, más fea que el abandono y la miseria juntos.

En cambio, también desde su niñez, poseía el mentado título de Castilla y muchos bienes raíces y desarraigados.

Tres o cuatro ayas transpirenaicas se encargaron de poner a la condesita en disposición de decir majaderías en otros tantos idiomas extraños al que debiera ser el suyo; y si no sabía pegar un botón, ni freír un huevo, ni planchar un pañuelo, en cambio pocas personas de ambos sexos la aventajaban en conocer prácticamente los múltiples deportes extranjeros. Por naturaleza, por haberse criado sin madre, y por educación, era Aurora muy hombruna.

El barón de Cigüeñuela, su ilustre papá, tipo pasivo, que empleaba lo menos la tercera parte del día haciendo con la baraja solitarios, no tenía voluntad propia y se dejaba conducir a todas horas por la pollanclona como un ciego por su lazarillo.

La condesa del Cascajal había llegado a los treinta años sin novio, con cosas... «¡cosas de Aurora», y hablando el castellano casi tan correctamente como *Cúchares* el francés.

No se limitaba a mechar sus conversaciones con palabritas francesas, sino que frecuentemente traducía, castellanizaba o estropeaba por completo frases de aquel idioma, queriéndolas verter al nuestro en forma muy pintoresca.

Decía, por ejemplo, poniendo la cara muy triste: «Tengo temor de que papá sea *ramolido*»; «Dejé mi

carta a fulana», en vez de «mi tarjeta»; y así por el estilo.

Todas las traducciones de la Condesita se parecían a esta otra de un amigo mío en casa de nuestro sastre:

«—Hombre, son todos estos cortes de pantalón tan elegantes y tan de mi gusto, que, francamente, me sienten poseído de *la preñez electoral*».

Y basta de antecedentes, porque, después de todo, ni tú, lector mío, ni yo, pretendemos casarnos con la joven: dicho sea haciéndole algún favor.

* * *

Pues señor.... (Según mi hija, si no se principia así, no háy cuento). Pues señor.... fue el caso que se acababa de recibir en la casa un lacaylto asturiano (entonces no se estilaban, como hoy, *lacayones*), y Aurora decidió que inaugurase sus servicios acompañándola a «hacer visitas».

El rapaz había venido a Madrid muy recomendado por el administrador de los muchos «días de bueyes» de que era dueño Aurora en el concejo de Carreño. En su pueblo pasaba *Manolín* por muy despierto, y en Madrid también lo parecía con su chaquetilla ceñida, de tres hileras de botones dorados, su gorra de plato y su irreprochable cuello blanco, con mucho almidón, haciéndole cosquillas en las orejas.

Acababa *Manolín* de cerrar, con demasiado garbo quizás, la portezuela del *landeau*, cuando Aurora, después de echarle una mtrada que parecía un sopapo, preguntó al ilustre barón de Cigüeñuela:

—Dime, papá; ¿traes las cartas?

—¿Qué cartas?

—Las cartas de visita.

—¡Ah!... No. Me las he dejado sobre la mesa de mi cuarto de vestir, delante de la chimenea. Forman un paquetito.

—¿Se ha enterado usted, *Manolín*? Suba por él.

—Muy bien, señora condesa: ya estoy aquí con ellas.

Y, en efecto, el lacayito empleó no más de cuatro o cinco minutos en subir, bajar con el paquetillo y encaramarse luégo con él en el pescante.

—Aquí deja usted dos con las puntas dobladas—iba diciéndole Aurora a las puertas de las casas en donde no preguntaban con propósito de visitar de veras.—Aquí, sólo del señor. Aquí, tres.—Y casi siempre daba la Condesa ejemplar o ejemplares de su propia tarjeta para que *Manolín* la uniese a la del barón.

Así pasaron toda la tarde. Ya al oscurecer, y cuando sólo faltaba un nombre que borrar en la lista que al efecto consultaba Aurora a cada momento, pasaron delante de una gran casa en la calle de Atocha.

—*Manolín*, deje usted aquí dos cartas del señor.

El asturiano, poniendo una cara muy risueña, replicó:

—Perdone la señora condesa, que no puede ser; porque ya no quedame más que.... ¡la sota de copas!

Y *Manolín* enseñaba la carta, muy cuca, de una las barajitas que tenía el Barón para hacer solitarios.

Es histórico, y como pasó, así lo cuento,

CONDE DE LAS NAVAS